



El valor
de una
decisión

*De Benedicto XVI
a Francisco*

Juan María Laboa
Vicente Vide
Reyes Mate



PRESENTACIÓN

Ahora que han pasado algunos meses desde aquel 11 de febrero, en el que el anciano Benedicto XVI tomó una de las decisiones más insólitas y sorprendentes de la historia de la Iglesia, tal vez sea el momento de valorar con mayor sosiego el alcance de aquel gesto. Será la historia la que, como siempre, juzgue al personaje, su pontificado y aquel hecho, recogiendo en sus anales las repercusiones que tal decisión haya podido tener en sus sucesores y en la Iglesia en su conjunto. Hablamos, sin duda, de la inapelable renuncia de Benedicto XVI al ministerio petrino. Pero también queremos hablar de una de las inmediatas consecuencias de esa revolucionaria decisión: la elección de un nuevo papa, nada previsible ni convencional, como imprevisible y poco convencional fue aquella renuncia. La llegada de Francisco ha hecho que por aquellas ventanas que dejó abiertas Juan XXIII entrase ahora un viento austral, unas veces suave como la brisa, otras huracanado, pero siempre saludable y respirable por las estancias de la Iglesia.

Cuando ya parecía que no iba a haber ningún otro sobresalto, cuando se creía que por fin su pontificado se encaminaba a su recta final, dispuesto el Pescador a varar su barca en la orilla, después de tormentas y marejadas... El antiguo profesor –encanecido como un venerable Padre de la Iglesia– pronunció, con una voz casi imperceptible, 174 palabras

en latín que correrían como un meteorito de norte a sur y de este a oeste, por todas las agencias, palacios y plazas del mundo. Solo se aguardaba una encíclica para el Año de la fe, se veía con preocupación si su salud le permitiría soportar el calor y abrazos de los jóvenes en la JMJ de Brasil, y algunos contenían la respiración confiando en que no saltase ningún otro escándalo que resintiese más el corazón del Pontífice y así pudiese despedirse como el «barrendero de Dios», el que habría limpiado a la Iglesia de Cristo de corruptelas, escándalos y pecados heredados.

Un gesto que, en las mismas páginas de este libro, se ha calificado de *increíble, sorprendente, inesperado, extraordinario*, de un *peso y trascendencia histórica enormes, escandaloso e inoportuno* para muchos, *elocuente de la credibilidad de la Iglesia, ejemplar y modélico* para otros que tienen responsabilidades dentro y fuera de la Iglesia, *apocalíptico o polémico*. Gestos así tienen mayor valor mediático y comunican más que muchos discursos, documentos y legajos ininteligibles para el común de los mortales. Hay gestos que resumen en una sola instantánea constituciones apostólicas, cartas encíclicas o decretos conciliares.

¿No podría leerse la *Unitatis redintegratio* en los sorprendidos rostros de los canónigos anglicanos ante aquella entrada, discreta y humilde, de un Juan Pablo II por el pasillo central de la abadía de Westminster? El abrazo de papa Montini al patriarca Atenágoras, ¿no era la página más bella de la *Orientalium Ecclesiarum*? La fotografía de Juan Pablo II en la explanada de Asís rezando con todos los líderes religiosos mundiales, ¿no podría ser la perfecta portada de la *Dignitatis humanae*? ¿Y el papa Francisco? Toda la *Sacrosanctum*

Concilium resumida en un solo gesto: lavando los pies a una mujer musulmana un Jueves Santo en una cárcel periférica y extramuros de la Roma de los papas. ¿Y no fue una diapositiva de la *Lumen gentium* aquella inclinación suya pidiendo en el balcón de San Pedro la bendición del pueblo de Dios sobre su nuevo obispo? Ratzinger, fiel a sí mismo, nunca podría gesticular como un Wojtyla en medio de estadios abarrotados ni tener la espontaneidad de un Bergoglio en las audiencias de los miércoles, por lo que su gesto no podía estar contenido sino en un discurso leído, y además ¡en latín! Pero, aun así, su gesto fue mucho más apocalíptico que los anteriores mencionados. Fue capaz de remover los cimientos de las cancillerías, palacios apostólicos y sacristías.

Hay una tendencia de ciertos sectores de la Iglesia en insistir una y otra vez en que en la Iglesia no hay giros de 180 grados, que no hay novedades revolucionarias, que lo que dice un papa ya lo ha dicho otro y que hay una linealidad absoluta en la praxis y en la doctrina de la Iglesia, sin sobresaltos ni sorpresas, en una solución de continuidad. Esto, en parte es verdad y vale para el *depositum fidei*, pero también para el *sensum fidelium*, no lo olvidemos. Pero es significativo que esta apreciación de que *nihil novum sub sole* la defiendan con ahínco tanto los grupos conservadores como los más progresistas de dentro y fuera de la Iglesia. Han arrancado de sus gastadas Biblias aquellas palabras del profeta: «Mirad, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is 43,18). Ni lo notan ni lo ven y, lo que es peor, ni siquiera lo quieren, porque *lo nuevo* en la Iglesia cuestionaría su ideologizado prisma de entender el Evangelio.

Este libro es fruto de una iniciativa editorial de PPC. Partió de un encargo a tres especialistas que, desde su propia competencia, pudiesen emitir una valoración sobre el alcance de aquella renuncia: la del historiador, la del teólogo y la del filósofo.

Juan María Laboa, desde su privilegiada atalaya de profesor emérito de historia de la Iglesia, repasa otras renunciaciones de papas, resume lo que ha supuesto la sacralización del papado en la historia, pero sobre todo pone de manifiesto lo que significa para la eclesiología, de matriz conciliar, aquella renuncia y la colegialidad gestual traída por el papa Bergoglio. Vicente Vide aporta la perspectiva del teólogo, ahondando en el significado cristológico y eclesiológico de la renuncia, donde se pone en juego nada menos que la credibilidad de la Iglesia. Como colofón, el tercer «tenor» es nada menos que Reyes Mate. Su trayectoria de investigador, su condición de filósofo y sus conocidas incursiones en el mundo de los grandes medios le permiten aventurarse en una sabia reflexión sobre la temporalidad o atemporalidad del ministerio, partiendo de las antiguas diferencias académicas entre dos viejos colegas de la Universidad de Münster: Johann Baptist Metz y Joseph Ratzinger.

La pausada lectura de estos tres enfoques, teniendo en cuenta el peso y trayectoria de sus autores, demuestra que el «valor de una decisión» puede tener consecuencias impredecibles en la vida de millones de creyentes.

PEDRO MIGUEL GARCÍA FRAILE